



Ricardo Monreal

Las redes sociales transformaron nuestra forma de pensar

Con la reciente publicación de mi libro 1847. El despojo, vino a mí una idea que no dejó de hacerme eco en estos días: a lo largo de mi vida he publicado un amplio número de libros y dedicado largas temporadas a ello, pero ¿qué tanto ha cambiado nuestra manera de leer en su práctica y esencia? ¿Qué tanto se ha modificado ese mismo estilo de escritura para, desde las primeras líneas, lograr impactar a quien lee y que no suspenda la lectura?

Durante décadas, la lectura fue el entrenamiento natural de la concentración. Un libro pedía tiempo, pausa, silencio. Nos obligaba a construir imágenes mentales, a rellenar huecos, a hilar causas y efectos. Ese "lector paciente" era capaz de convivir con la complejidad, tolerar la ambigüedad y sostener un hilo argumental largo. Era una figura cultural que contaba con un músculo cognitivo que entrenaba desde la infancia. Hoy, ese lector, esa lectora están en retirada. Y el acelerador inesperado de esa transformación fueron las redes sociales.

Cuando esas plataformas digitales aparecieron, sobre todo TikTok, trajeron consigo la promesa de un entretenimiento inmediato, infinito y perfectamente adaptado a nuestros impulsos. Videos de ocho, diez o 20 segundos no solo compitieron con la lectura, compitieron con cualquier actividad que exigiera más de unos cuantos instantes de atención. Por primera vez, una red social no se organizó alrededor de amigos o temas elegidos, sino de un algoritmo que aprende de nuestros microgestos: cuánto tardamos en deslizar, qué mira-

mos dos segundos más, qué repetimos. Ese sistema, diseñado para detectar deseo sin que lo expresemos, predice nuestras preferencias y las modela.

El cambio cognitivo es profundo. TikTok y los reels convirtieron la atención en una economía del instante. La mente, acostumbrada a saltar de estímulo en estímulo, se reorganizó en torno a la gratificación inmediata. El tiempo cognitivo se fragmentó: pensar se volvió un acto interrumpido. Ya no leemos para comprender, sino para localizar lo esencial; ya no analizamos, escaneamos; ya no retenemos, consumimos. La paciencia dejó de ser una virtud y se convirtió en un lujo.

Lo más interesante —y preocupante— es que esta transformación no queda confinada a la pantalla. Afecta la forma en que conversamos, evaluamos información e incluso sentimos. Las redes sociales nos entrenaron para esperar estímulos contundentes y rápidos: emociones listas para usarse, ideas comprimidas, indignación inmediata. El mundo empieza a parecerse lento si no cambia cada pocos segundos. El resultado es una especie de impaciencia estructural: queremos conclusiones sin proceso, respuestas sin contexto, narrativa sin argumento.

Esto tiene consecuencias culturales. La lectura larga —libros, ensayos, periodismo profundo— pierde terreno no porque haya dejado de ser valiosa, sino porque exige un tempo mental que estamos dejando de practicar. Del mismo modo que el músculo se atrofia sin uso, la capacidad de seguir una idea compleja se debilita. El discurso público se simplifica; las opiniones se vuelven más reactivas; la política, más emocional que racional. Las lectoras y los lectores pacientes no desaparecen de un día para otro: simplemente dejan de aparecer.

Pero aún hay esperanza. La misma generación que vive inmersa en las redes también está buscando espacios de profundidad. BookTok, por ejemplo, demuestra que el deseo de pensar y leer no está muerto, solo necesita reencontrarse con formatos contemporáneos.